TRANSITO BREVE

por Rolando Cárdenas

TRANSITO BREVE

por Rolando Cárdenas

© Rolando Cárdenas Vera
Inscripción Nº 23.549
Prensas de la Editorial Universitaria, S. A., San Francisco 454,
Santiago de Chile

(Primer Premio de Poesía en el Concurso Nacional Universitario, organizado por la FECH en 1959.

INDICE

EPITAFIO PARA UN INSTANTE 7

BUSQUEDA 8

EL HOMBRE COTIDIANO 9

HORA NOCTURNA 10

DESDE AHORA QUE TE AMO 11

RECUERDO POSTUMO A MI MADRE 13

DIME 16

INTERIOR 17

RETROSPECTIVA 19

ELEGIA DEL FUTURO SUICIDA 21

YO SOLO SE QUE VENGO REGRESANDO 23

EPILOGO 25

Rolando Cárdenas Vera, nació en Punta Arenas el 23 de marzo de 1933. En la actualidad es egresado de la Escuela de Construcción y Topografía de la Universidad Técnica del Estado. Obras: "Extraña Soledad" (inédita), Mención Honrosa en el Concurso Literario organizado por Estudiantes Comunistas de la Universidad de Chile (1959). Fueron jurado en esa ocasión los poetas Pablo Neruda, Juvencio Valle y Nicanor Parra. "Tránsito Breve", Primer Premio de Poesía de la FECH (1959). El jurado estuvo compuesto por Julio Barrenechea, Roberto Meza Fuentes y Enrique Lihn.

Prepara, además, dos nuevos libros de poemas.

EPITAFIO PARA UN INSTANTE

Ahora que la lluvia bajó con sus reflejos
y galopa aromando la noche y las veredas,
es inútil tratar de retener esta callada soledad
en que no existe ni la tristeza,
ni la buena esperanza,
ni siquiera el secreto anhelo
de quedarse con un puñado de estrellas en las manos y para
[siempre.
Nada revela casi, sólo la lluvia
que esta noche anda alzando raíces por la tierra,
que con el alba brotarán los pájaros,
pero de un modo dulce y vago,
como esas viejas leyendas de la infancia.
Sin embargo, es muy cierto que la noche está afuera
con su presencia de agua sola,
y que el silencio está presente como un aroma.
Entonces, digo.
se puede brindar, a veces, por la soledad,
de la misma manera que por una alegría,
sobre todo ahora, que no existe tristeza,
ni la buena esperanza,
ni siquiera una carta que nos hable de otras cosas desde otras
[latitudes.

BUSQUEDA

A veces es bueno abandonarse al propio olvido
como si el saber sonreir
fuera más fácil que morder una fruta.
Ir por las calles perfectamente solo,
sin más compañía que nuestra cotidiana tristeza y nuestros
[pasos,
amando una vez más la sencillez del aire
de la manera como se recuerda la infancia,
o ese otro tiempo pulverizado
cuando se buscaban las primeras estrellas en las charcas.

Es bueno sentarse entre amigos y vasos
a observar cómo todos abandonan algo suyo
en la música que los impulsa y transforma en seres sin huesos,
mientras la noche trepa por los muros
buscando también dónde esconder su espera,
y después salir hacia el alba
con un poco más para alimentar futuras soledades.

Es bueno comprender que estamos hechos de recuerdos,
un poco de tiempo que crece sin escucharnos
y de muchas cosas que no comprendemos.

A veces es bueno detenerse a contemplar la hoja que cae
cuando la palabra primavera
no es lo que nosotros quisiéramos que sea.

EL HOMBRE COTIDIANO

Hay un gesto cotidiano que nos dice:
hay un modo de estar que nos delata,
y siempre el tiempo que nos recuerda quiénes somos.

Se nace una mañana empapado de alba
después de recorrer la infancia más remota,
después de volver del colegio
comiendo una naranja lentamente,
sin fijarse mucho si estamos sobre un puente,
sin ver apenas cómo alas dibujan el paisaje.

Nos sacamos nuestra máscara de sueño
para penetrar en el día. De pronto recordamos
que hay cosas que decir
sin importancia alguna,
copiar actitudes como ante un espejo
de una manera implacable,
para ser una vez más fantasmas entre fantasmas.

Entonces nuestra tristeza nos recuerda
que alguna vez podemos herir el día con el grito,
para arrojar entre ruinas este lento morir.
más breve aun que la luz en el agua.
Que podemos liberarnos de esas cosas antiguas
que siempre se suceden cansadas como siglos,
y que se puede resucitar la lluvia entre las piedras,
y siempre nuestro olvido,
sin necesidad de esperar las estrellas
para buscar en el diccionario la palabra extraviada.

HORA NOCTURNA

Mientras bebo este café a pequeños sorbos
me voy por los recuerdos como un eco
en esta noche de horas triturándose,
sin hacer ruido,
como si la noche misma fuera muy poco
y el caer de la hoja no importara a nadie,
ni siquiera a ti,
que lees reclinada en las estrellas
sin reparar en el movimiento repetido.

El silencio me dice que soy dueño de la voz
para que te haga presencia única y querida,
de esa manera que tú sabes,
y tornes menos penosa esta realidad apretada.
Pero nada me revela que tú existes
a pesar que el agua te ilumina los ojos,
tu respiración me llama a la ansiedad
y tus manos recuperan la caricia.

No hay nada que defina esta hora nocturna
tranquila como la luz más suave,
o como la llama que el aire no sacude.

A la deriva, a tumbos, voy por mis pensamientos
sintiendo cómo la noche sube hasta el sueño,
pero callado y solo
para no turbar tu abandono apacible,
y para recobrar de a poco,
en la extasiada hora,
algo de tu presencia antigua,
diferente a la que ahora sube del temblor de tu pecho,
y yo vuelva a ser entonces
el mismo que acarició tu adolescencia ya apagada entre las
[horas idas.

DESDE AHORA QUE TE AMO

A M. M.

Desde ahora que te amo,
tú ya no eres la misma.
Mis manos rudas te han moldeado,
arcilla pura de ojos negros,
dándote la forma de lluvia de mi infancia
y esa suave tristeza que es mía desde antes que te viera.

Llegaste desde el sur,
desde el alba sureña con su rumor de feria,
aromada de pueblo,
con tu cuerpo empapado
por las lluvias tranquilas de tu Chillán amado.

Traías en tu traje un pedazo de tarde
y en tus manos calladas el adiós de los trenes.

Tú ya no eres la misma
desde el minuto que mis palabras
cayeron gota a gota en tu silencio
derramando mis sueños estrellados.

Ah, corazón de campana,
pudiste hacer más leve la caída del tiempo
sobre tanta ternura fugitiva,
y sobre esta tristeza abandonada de esperar tanto cielo.

Qué importa entonces que yo ahora te nombre
y te diga que eres para el recuerdo
más dulce que la luz de una estrella;
que a veces me callaba para escuchar tu risa,
o que eres siempre
el búcaro musical que encerró tu presencia sencilla.

Tal vez, te amo por eso,
y porque te pareces a mi pueblo
situado al sur del universo,
oh, dueña del paisaje alucinado,
presencia y mensaje de las lluvias azules,
absoluta fragancia de tu Chillán amado.

RECUERDO POSTUMO A MI MADRE

Yo no recuerdo bien cómo era.
La conocí muy poco; apenas con mis años
aún sucios por la tierra de juegos infantiles.

La evoco en un trompo que no giraba.
En los barcos, las casas, las primeras palomas
que me enseñaba a hacer en mis cuadernos,
inclinada a diario ante el estupor o los sollozos
como la ciencia más perfecta.

Era dueña del alba y de la noche alzándose.
Desde el rocío, su canto quedaba encerrado
entre las paredes de esa casa
que todavía alza su estructura entre el viento y la nieve.
Sus pasos revivían las cosas en las habitaciones
como el acontecer más simple,
realzados en el alegre tintinear de las vasijas.
Y la infancia, guiada sabiamente por su mano,
tenía entonces un agridulce sabor de manzana madura.
Se iba una primavera, luego, otras primaveras,
y siempre una misma dulzura imperturbable
agobiaban sus ojos como una fina niebla.

Ahora yo recuerdo también
que una suave tristeza le trizaba la risa
como una imperceptible llamarada.
Ella era triste. Una tristeza de llovizna lenta
le andaba por las sienes o hería la palabra más cierta.

Pero yo comenzé a querer su ternura profunda
desde que me entregó su más pura caricia
en un día de otoño o invierno,
cuando aún era una tristeza indefinida.

Desde ese día, de pronto verdadero,
su presencia invariable vigilaba mi pan
y el pan de mis hermanos más pequeños.
Su sueño interrumpido
nos guardaba del dulce tiempo del sol,
de abril y de sus lluvias
que retozan a bosque en las tierras del sur.

Por ese entonces, yo ignoraba que mi madre
traía su sonrisa intacta
y la tranquila ternura de sus manos
desde el verde archipiélago chilote.
Tal vez, por eso, tenía un aroma de cántaro,
una presencia de agua que murmura
penetrando las siembras. Era como esas pequeñas
aldeas azules que conoció en el tiempo de las estrellas.
Por su frente vagaban los crepúsculos,
y en su sonrisa leve
la quieta transparencia de la espiga.

Cuando mi padre marchaba a sus faenas
llevándose un poco de su gesto severo
en su caballo y en sus callosas manos campesinas,
una secreta alegría columpiaba en los vientos.
Los atardeceres bajaban brumosos de gris
destiñendo las cosas, borrando los contornos.
Los días domingo eran divididos por los cantos
de algún gallo. En las noches de invierno,
odiosamente largas, junto al fuego
que consumía las horas y la leña,
mi madre nos leía.
Yo penetraba entonces con temeroso asombro
por el ancho horizonte del país encantado,
degollando gigantes, muriéndome de estrellas y soldado.

El tiempo florecía. Se iba haciendo campana.
Crecía por el cielo en golondrina,
o como un espejo que busca la imagen extraviada.

Y siempre su presencia iluminaba como un agua,
de una manera sabia y exacta, como las estaciones.

Pero un día el silencio llegó a recuperarla
y a llevarse su alba de sueño o esperanza.
Yo la vi esa tarde. Se fue con su tristeza
de llovizna lenta, con su sonrisa leve,
con su ternura incompleta. Yo no entendía nada.
Solamente sentía una especie de callado asombro
ante el misterio. Todos los años
el invierno marchita las flores que la cubren.

DIME

Dime, pequeña mía,
en esta hora inalcanzable y sola
que se estira hasta ser todo el paisaje,
algo de esas cosas que yo he olvidado,
o de este nuevo tiempo de soledad creciendo.

Dime,
antes que esta tarde se caiga entre las hojas,
o antes que tus palabras se tornen musgo suave,
que yo me haré el silencio para adueñarme de tu voz.

Dime,
que yo te escucho desde aquí,
desde esta mesa con olor a selva,
desde estas cosas que te recuerdan por instantes,
desde estas horas solas subiendo como enredaderas.

Ahora que me nace todo ese amor antiguo,
yo seré apenas un leve soplo para retener tus palabras.

Dime, pequeña mía,
lluvia herida, amada ternura,
querida heredad perdida entre los años,
dime todo, algo. No importa.
Pero dime.

"Dices que me quieres mucho".

Lo dices recostada en las tardes
y con tu risa clara en las mañanas.
Se cae de tus manos el amor hecho voz
y lo repite todo lo que está cerca tuyo.
Es como si llevaras a cada cosa que tu alma toca
la protesta de amor tanto tiempo guardada.
Te quedas temblando en las palabras.

Dices que me quieres mucho,
y me gusta cómo me lo dices.
Es como una blandura de hoja verde
que viene recorriendo los otoños
desde el país donde no existe el vuelo,
desde donde la boca queda extática
esperando el regreso del alba que paseaba en la noche.

Lo dices así:
que me quieres mucho,
y tu voz juega a besos cuando hablas.
Entonces yo envuelvo tus palabras sencillas entre mis brazos,
temeroso, tal vez, de que no sean ciertas
y esta triste alegría se me trice en la ausencia.

Siempre llegabas a la espera crispada
empapada de adioses,
con un nuevo vestido para la fiesta nuestra,
con tus manos tranquilas cargadas de caricias
como un racimo de jugosa fruta,
con un nuevo aletear en tus palabras
que vertías como un agua sobre mi espeso silencio.

Eso de que me quieres mucho,
ya lo tengo guardado en mi libro del tiempo como una hoja
[seca,
y cuando tú, así me lo decías,
el tiempo no era otra cosa que un desmayar de horas.

Yo nunca he recordado cuántas cosas decía,
y que, a veces, creaban la sonrisa
con esa suavidad que hacía que todo se sintiera conmovido.
Sólo sé que eran ciertas,
tan ciertas como que ahora aún te tengo
antes que llegue la hora endurecida del olvido.

Cuando tu voz se alzaba como un viento
a decirme eso de que me quieres mucho,
yo lo guardaba ya, postrer rumor sin eco,
en mi libro del tiempo como una hoja seca.

Voz de pasado, amada, que no alcanza al futuro,
ahora se deshace en adioses...

RETROSPECTIVA

Hasta hace poco tiempo te tenía
y recogía de tu boca el amor
como una cosa mía,
con la naturalidad con que se bebe un vaso de agua fresca.

Mi tristeza te llamaba
como algo necesario,
llenándote las manos y los ojos con mi doble grito
entonces más entero que la plenitud misma.

Si ahora yo te digo que eres otra,
es porque te quedaste en primavera
y el asombro es un sueño jamás recuperado.
Ahora que es otoño,
tiempo de campanadas diluidas,
de alegrías que ya no se alzarán, iluminándome de pronto,
tu sombra danza enloquecida alrededor del vino,
como un secreto material extraño
que ya nunca se muere
y siempre resucita en su sabor orgiástico,
más agrio que el recuerdo inagotable.

Sin embargo,
por todo el tiempo azul que poseíste,
yo no quería huir de tu angustia cada día,
a pesar que me sobraban tus caricias de otras horas,
y a pesar que tú nunca dijiste:
"aún es tiempo de recobrar este cielo intacto".

Mientras yo caminaba
buscando el nervio de mi propia vida,
buscando una salida en mi destierro,
cayendo de abandono en abandono,
muriéndome por dentro sin saberlo, rebelde y desmedido,
acostumbrando el alma a la ausencia y a la falta del beso,
tú destruías el hallazgo y su más pura llama,
trizando todo un alba de revelado sueño
de la misma manera que un tronchar de alas,
sin importarte mucho,
como si el aroma primero volviera a renovarse.

Es imposible entonces
que busque en mis recuerdos para hallarte como antes.
Tal vez, por eso, te olvido por instantes,
porque no te puedo situar ni situarme,
precisamente ahora
que más necesito de la palabra lúcida
para huir del extraviado sueño,
para penetrar por tus actos más profundos e ignotos
en busca de una luz para todo el tiempo calladamente
[herido.

Ahora en este otoño que escapa por las hojas,
yo no sé si es muy tarde
para un nuevo morir o renovarse.
Sólo está mi tristeza que a veces se ilumina,
porque desde el fondo de los retratos me sonríes
como si todavía fuera primavera...

Retenida imagen, casi irreal presencia,
a pesar que el tiempo tendió su rostro torturado,
mi soledad te llama nuevamente
como una cosa necesaria y cotidiana.

ELEGIA DEL FUTURO SUICIDA

Yo hablo de la integridad
como si la palabra misma fuera indivisible,
o como si todo alguna vez no retornara a nada.

Pero esto no es así.

Llega un momento en que se acaba el sueño.
La mano ya no quiere aprisionar.
La flor se desploma sobre el musgo.
Los ojos quedan secos.
La caricia no existe.
Ni la palabra amada.
Ni el rumor que se levanta del saucedal frondoso.

Nada importa que el viento golpee en cada puerta.
Ni que la lluvia humedezca nuestro calzado y nuestra alma.
Ni que la abulia sea un buitre que devora a pedazos la
[esperanza.

Se quiere aprisionar la risa en el puño
como una mariposa,
pero ella se aleja hacia otros previlegios.
No quiere compartir el beso que la boca entrega en la
[ausencia,

ni el cuerpo que se da en la hora furtiva,
ni la palabra que impulsaría a conquistar el aire.

La soledad alzándose, infatigable planta,
va construyendo un clima de sonrisas enlutadas.
La memoria yace derribada por la astenia
en actitud de delirio.
Ni siquiera es capaz de crear el grito salvaje de la angustia.

La indiferencia penetra por la piel royéndola de a poco.
El asombro por lo que no creímos
se va quedando sólo en pesadumbre
que nos va señalando nuestra propia miseria resignada.
La alegría misma ha quedado derribada en algún rincón de
[nuestro propio olvido.

La lengua no blasfema.
Está extática y sola.
A su lado está también la canción trunca
que en un principio pregonaba la fuerza.

El corazón se va quedando solo.
Solo en el día.
Solo en la noche,
como un grito abandonado y yerto.

Ya nada es demasiado indispensable,
sólo el aire.
Lentamente el cansancio ya forjando su lágrima.
Todo es un latir apresurado hacia el final,
porque en la hora dura no queda nada:
la pureza,
el tiempo del amor iluminado,
el beso antiguo
son casi dolorosa inexistencia.

Pero se llega al día límite
que nos espera como un muro infranqueable
despojado de todo,
que es una manera de mostrar la certeza.

También se puede sonreir al borde de la vida.

YO SOLO SE QUE VENGO REGRESANDO

Nunca fue mi tristeza más callada y tranquila
que cuando te encontré, viniendo desde el tiempo,
desde el fondo, desde años.

Siempre fuiste como una conjunción de principios.

Nunca, tal vez jamás,
podré tener esa actitud tranquila que tenía mi madre,
porque ahora soy otro.
Sólo el espectro es el que queda
con mi mismo ropaje,
con mis mismas palabras,
que buscan el oído, vacilantes.
Y es que no puede ser de otra manera.
Entraba por el alba como por una puerta
y me encontraba solo, hasta el alba siguiente.
Pero estaban mis libros,
unos, más queridos que otros,
que esperaban callados que yo los penetrara
con ojos de estudiante,
y ellos me mostraran el encantado mundo de las cosas.

Ahora que regreso,
hacia las mismas horas que un tiempo
me llevaron de la mano por mi infancia callada,
las encuentro como si nunca hubieran existido.
Y ahí está mi amigo el árbol,
y esa misma calle,
un poco encorvada por la lluvia y la nieve,
más allá tengo a mi viejo amigo el mar
siempre acariciando a mi ciudad tranquila,

y los cerros lejanos,
y la flauta del viento que danza en las veredas,
el rostro amigo,
y la mano y la boca que sonríen
como final de tanto tiempo ausente.

Pero no. No es posible.
Yo sólo sé que vengo un poco triste
y un poquito cansado
de tanto soñar con todos los crepúsculos que hoy toco con
[mis manos.
Pero yo te quería decir otras palabras,
y mirando esta tarde me fui por los ensueños y recuerdos
[como en una nave.

Yo siempre quiero penetrar las cosas
y ser como ellas son,
incluso, más sencillo que la canción del agua.
Pero cuando converso con mis manos
no puedo evitar estar un poco más callado,
que es un modo de mi tristeza,
porque nunca estoy seguro de nada,
ni siquiera que existo en esta tarde azul,
ni siquiera que estás a mi lado
en la actitud callada de una flor.
De nada estoy seguro,
y ahora lo confieso, era eso,
precisamente eso,
que está presente desde antes que te viera
sobre lo que quería conversarte.
...pero, es la tarde, hay mucho sol,
tal vez, mañana al alba te lo diga...

EPILOGO

Yo quisiera morir en una tarde azul
rodeado de mis libros solamente.
Podría ser lejos de mi casa,
en una ciudad desconocida,
también podría ser en la montaña,
cerca del mar, o en un lugar cualquiera,
pero sin nada que me diga que una vez fui amado,
aunque sólo haya sido el amor tenaz de mi madre,
porque estoy tan seguro de haber estado solo
desde el grito primero,
cuando la luz fue mía.

Tal vez, se piensen o digan muchas cosas
cuando yo ya no exista en la hora derribada,
pero ya será tarde.
Alguien dirá de mis virtudes,
otros, de mis defectos.
Hasta se oirá que me faltó valor para enfrentar al mundo.
Pero todos se habrán equivocado
y yo me quedaré profundamente mudo
sin defender el minuto insondable.

En el entonces, todo importará, incluso hasta la lágrima,
y después, todo seguirá como antes.
Siempre ocurren las cosas de este modo.

Yo me iré trasudando por mi última noche
siempre callado y solo, como he sido en mi vida.
Tal vez, con un poquito de tristeza,
porque vivía para ser amado
y el aroma se fue sin siquiera rozarme.

Claro que no tendré las cosas que tenía,
como por ejemplo, el primer volantín de la infancia
en que se columpiaban mis ensueños,
o el llanto contenido
cuando me prohibían apresar la fruta entre mis dedos.
Ni siquiera tendré
la fuga de los soles horadando la noche,
tampoco la canción de mis pasos
sobre el suelo escarchado de mi pueblo,
ni el mosaico de todos los paisajes
en que quedaba un poco de mi risa.
En mi actitud de sueño horizontal y eterno
faltará, incluso, la maravilla viva de tus besos,
que a veces me entregabas
con un aroma de madera nueva.

Nada tendré, y todo será igual.

No sabría decir si estaré más callado o acaso un poco alegre.
Tal vez, la clemátide de la tristeza
haya alcanzado ya la altura del sollozo.
En todo caso, pienso, estaré más tranquilo
que cuando me acodaba en los crepúsculos
a pensarte y a amarte desde otras latitudes,
recordando el primer dolor,
la primera alegría,
la primera palabra que deslicé en tu oído.

He de extrañar algunas cosas gratas:
desde el momento que se alzaba dibujando arabescos
en el aroma azul del cigarrillo,
mientras los amigos hablaban del terruño lejano
con el alma y la voz humedecida
que resbalaba al fondo de los vasos,

las fiestas, las canciones,
los versos dichos al morir la tarde,
la cadena de tantos conocidos,
hasta el beso furtivo dado para alegrar el alma.
Ya no podré decir esa palabra antigua
que brotaba amarga,
y que a veces se alzaba desafiante a defender el miedo.

Me llevaré todo lo que junté por el ancho horizonte de la
[vida.
Seré como un baúl de soledades.
Y quizás, la tierra buena me dé de su perfume
para cubrir la otoñecida tarde de mi muerte.